

ARTICULO VII.

Cisma de Miguel Cerulario.

No se habrá borrado de la memoria quanto hizo en el siglo IX. el famoso Focio para romper la unidad entre la iglesia griega y la latina. El fuego que habia encendido, no se habia apagado del todo, sino que cubierto con ceniza esperaba el soplo de un hombre atrevido, poderoso y acreditado para revivir con mas fuerza que antes, si las circunstancias fuesen favorables á su explosion. Las preocupaciones que habian ayudado los intentos de Focio, subsistian todavia; y hallándose el ánimo de los griegos en la misma disposicion respecto de los latinos, no se necesitaba mas que excitarlos, y darles nuevo fomento para que volviesen á tener aquel impetu que habian mostrado en tiempo de este patriarca. En el siglo X. se vió lo que pensaban los orientales, y lo que decian sin rebozo de los occidentales. Encaprichados con su vano saber, con su magnificencia, y con su cultura, miraban los griegos á las naciones del Occidente como bárbaros, sin cultivo, sin instruccion, sin finura de entendimiento, sin gusto y sin delicadeza en las costumbres. La ambicion, que habia sido la primera causa del cisma, vino á juntarse con las antiguas preocupaciones. Dióles cuerpo renovando oportunamente las acusaciones que se habian intentado en otro tiempo contra la iglesia de Roma, y otras de las comarcas occidentales. Focio, con el fin de ensalzar su silla sobre todos los patriarcados, y de adjudicarse un imperio absoluto sobre todos los obispos de Oriente, no habia discurrido medio mas eficaz que separarse de los papas, y poner una barrera eterna entre las dos porciones de la Iglesia. Miguel Cerulario, poseido del mismo espíritu de dominacion, se valió de los mismos medios para consumar un proyecto, cuya execucion habia quedado imperfecta.

Este Miguel Cerulario que subió á la silla patriarcal de Constantinopla el año 1043 por la proteccion de Constantino Monomaco, no tenia ni el ingenio sublime, ni la vasta erudicion de Focio; pero no era ménos ambicioso que él, ménos emprendedor, ménos diestro para comunicar sus afectos á los demas, ni ménos lleno de odio contra

la iglesia romana. Habia prevenido sin duda desde léjos el ataque que meditaba contra el pontífice de Roma, y todo el cuerpo christiano de Occidente, á cuyo fin habia traído á su partido dos hombres muy propios para ayudarle, Leon, obispo de Acrida, metropolitano de Bulgaria, con su audacia, y Nicetas, monge del monasterio de Studa, con su erudicion. El primer acto de hostilidad de parte del patriarca fué una carta escrita en su nombre y el de Leon, á Juan, obispo de Fraui, en la Pulla. Iba dirigida, como se ve por el exórdio, al papa, á los prelados y á todo el clero de Occidente. Miguel y Leon repetian en ella las quejas que Focio habia dado á los latinos, y que estos habian refutado tan completamente, á saber: 1.º que usasen en el sacrificio del pan ácimo: 2.º que ayunasen el Sábado en quaresma: 3.º que comiesen sangre y los animales sofocados: 4.º que no cantasen *aleluya* en quaresma. Estas quejas no eran de tanta entidad que diesen motivo á un cisma; ademas que se habian justificado estos usos en tiempo de Focio por su antigüedad, por tradicion que los habia establecido y consagrado; y se habia quedado de acuerdo en que cada iglesia tenia libertad de conservar sus costumbres sin que se pudiese tomar de ahí pretexto ninguno para romper la unidad. El monge Nicetas, que prestó su pluma al patriarca Miguel, añadió otras dos quejas á las otras: 1.º que celebrasen misa todos los dias de ayuno, aun durante la quaresma: 2.º que obligasen á los sacerdotes á guardar el celibato; y por último, en el progreso de esta disputa contaron los griegos el dogma de la procesion del Espíritu santo, tanto del Hijo como del Padre entre los capítulos que tenian que alegar contra los latinos. Por aquí se ve que Miguel y sus aliados tomaban todas sus armas de Focio, y que sus acusaciones no eran mas que una repeticion.

El cardenal Humberto, obispo de Blanche-Selve, pudo haber á las manos esta carta escrita en griego, y habiéndola traducido en latin, la manifestó al papa Leon IX. Qué fin se proponian los que la habian enviado, no es difícil de conocer; y el sumo pontífice penetró muy bien las funestas resultas que infaliblemente habia de tener si no se prevenian á toda priesa de este ataque involuntario é imprevisto. Escribió, pues, sin dilacion al patriarca ha-

ciéndole ver la injusticia y lo sutil de sus acusaciones. Su carta es fuerte, bien razonada, llena de dignidad, tal, en una palabra, como en ocasion semejante debia escribirla la cabeza de la Iglesia, acusado por un inferior en las prácticas autorizadas por sus procederes, y consagradas por el tiempo. Respondia á cada artículo; mostraba cuán extraña era la conducta de los griegos en venir al cabo de 1000 años y mas á enseñar á la iglesia romana el modo de celebrar la memoria del sacrificio de Jesu-christo, y lo que habia de observar tocante á los ayunos, á las ceremonias del culto divino, y á los otros ejercicios de piedad; y concluia representando á Miguel que la iglesia romana tenia mas indulgencia y moderacion que la de Constantinopla, puesto que consentia en la ciudad pontificia Roma muchos monasterios é iglesias de griegos con la libertad de seguir los usos de Oriente.

No habia encendido el patriarca el fuego de la guerra para quedarse en el primer acometimiento; y así pasó muy pronto del escrito á la obra. De órden suya se cerraron todas las iglesias que tenian los latinos en Constantinopla, y se quitó á los monges que no quisieron dexar las ceremonias de la iglesia romana los monasterios que poseian muchos tiempos ántes de él en la ciudad y en las inmediaciones. Esto era comenzar la disputa consumando, el cisma y declarar que estaba resuelto á llevar las cosas hasta el extremo, puesto que en los principios no se usaba de comedimiento alguno. Sin embargo, conociendo el emperador Constantino Monomaco (quien necesitaba del socorro de los latinos para conservar las posesiones que le quedaban en Italia) la autoridad del papa sobre los príncipes de Occidente, manifestó gran deseo de ver restablecidas la union y la concordia entre las dos iglesias á quien la diversidad de intereses tenia divididas hacia muchos tiempos. Conforme á estas intenciones escribió al papa Leon IX., y obligó al patriarca Miguel á que le escribiese tambien en el mismo tono. Habiendo recibido el papa estas cartas, respondió á ellas separadamente. Su respuesta al emperador era respetuosa y moderada, alabándole su zelo por la paz de la Iglesia, y exhortándole á que contribuyese á ella. La que dirigia al patriarca era de estilo mas fuerte y ménos comedido. Reprehendíale quatro cosas: 1.º haber sido ensalzado

repentinamente á la dignidad de patriarca siendo aún neófito: 2.º querer sujetar los patriarcas de Alexandria y de Antioquia á su jurisdiccion: 3.º tomar el título de patriarca ecuménico: 4.º haberse atrevido á calumniar á la iglesia romana, y perseguir á los que seguian sus usos. Estas cartas las llevaron á Constantinopla, y presentaron al emperador tres legados que habia enviado el papa para que trabajasen en la reunión de las dos iglesias. El cardenal Humberto, cabeza de esta legacia, entregó al mismo tiempo al príncipe las dos refutaciones que habia hecho, tanto de la carta de Miguel Cerulario á Juan de Frani, como del escrito polémico del monge Nicetas. En esta refutacion, que era docta y bien razonada, seguia Humberto paso por paso á sus contrarios, distribuyendo las pruebas de hecho, y las autoridades de tal modo que se corroboraban mutuamente; y en una palabra, todas las prácticas tan imprudentemente reprehendidas á la iglesia romana, se vindicaban de las calumnias y de las malignas intenciones con que se procuraba hacerlas odiosas.

Si los espíritus ciegos con las preocupaciones y con el orgullo hubieran sido capaces de rendirse á la verdad, no se necesitaba mas para hacer abrir los ojos al patriarca, y reducirlo á pensamientos pacíficos; pero quanto mas se evidenciaban sus agravios, mas se obstinaba y enfurecia. Se negó á tratar con los legados, y á ilustrar con ellos en espíritu de paz los puntos que se disputaban, ni quiso aun verlos por mas instancias que le hizo el emperador. Nicetas manifestó mas mansedumbre y equidad. Convenido de las razones y de los testimonios alegados por el cardenal Humberto, se retractó de buena fe, y aun consintió que su escrito contra la santa Sede se quemase en presencia de todos de órden del emperador.

Obstinándose siempre el patriarca en estar separado de los legados, sin hablarles ni verlos, y queriendo estos concluir de un modo ó de otro, se determinaron á hacer uso de la autoridad que les habia conferido el sumo pontífice. Fueron, pues, el día 19 de Julio del año 1054, que era sábado, á la hora de tercia á la iglesia de santa Sofia, en donde estaba congregado el clero para la celebracion del santo sacrificio, y el cardenal Humberto, despues de haber expuesto todo lo que habia pasado en este

negocio, puso encima del altar una sentencia de excomunion concebida en los términos mas patéticos, contra Miguel Cerulario, Leon de Acrida y sus aliados. Por ella eran anatematizados y separados de la comunión de la silla apostólica como simoniacos, hereges y cismáticos, con los valecianos, arrianos, donatistas, nicolaitas, severianos, pneumatomacos, maniqueos, nazarenos y otros heterodoxos, cuyos principios se les acusaba de haber adoptado y renovado sus errores.

Publicada esta sentencia pusieron en orden los legados los negocios de las iglesias latinas de estos distritos, y despues de haber prohibido á los fieles con pena de anatema comunicar con ningún sacerdote que se condenase el sacrificio de los latinos, se prepararon para volverse á Roma; y con efecto habian ya salido de Constantinopla quando los mandó llamar el emperador á instancia del patriarca, que prometia por último verlos, y entrar en conferencia con ellos; pero esto no era mas que un ardid de Miguel Cerulario, porque su verdadera intencion era atraer al cardenal Humberto y sus compañeros á la iglesia de santa Sofia, y hacerlos matar á palos por el pueblo, á quien se prometia sublevar contra ellos leyendo su decreto que habia alterado y falsificado en la traduccion griega que hizo de él. El emperador, que sospechaba de sus malas intenciones, declaró que no permitiria que los legados asistiesen á ninguna junta á que no estuviese él presente. Viendo Miguel desbaratado su proyecto, se negó á tener ninguna conferencia delante de Constantino Monomaco, y se vengó de los legados contraponiendo una sentencia de excomunion á la que ellos habian fulminado contra él, y del emperador excitando una sedicion. En adelante adquirió tanta autoridad por sus enredos y manejos ocultos, que llegó á poder favorecer la exáltacion de Alexis Comneno al imperio; pero no tardó en tratar con tanta audacia á este príncipe, y poner los servicios que le habia hecho á tan alto precio, que queria hacerse dueño de todas las gracias, y que se enfurecia á la menor repulsa, hasta amenazarle con que derribaria el edificio que habia levantado. Este proceder irritó de tal modo á Alexis Comneno, que hizo prender y llevar á destiérro al ambicioso patriarca, entre tanto que pudiese congregarse un concilio para deponerlo; pero la muerte de Miguel

Cerulario, acaecida algun tiempo despues, le excusó la afrenta de que estaba amenazado.

La conducta del cardenal Humberto y de los otros legados se ha censurado, y aun se les ha acusado de precipitacion en sus procedimientos, y de dureza respecto de los griegos, y se ha atribuido la culpa al santo papa Leon IX., cuyas instrucciones es de presumir que seguirian; pero los que censuran los procederes de un hombre tan instruido como el cardenal Humberto, y dirigido por los avisos de un pontífice tan prudente, y de zelo tan moderado como Leon IX., no quieren ver que Miguel Cerulario estaba resuelto á qualquier cosa, y que habia de consumir el cisma á qualquier precio que fuese. ¿La horrible conjuracion que tramó para hacer perecer á los legados no es una prueba evidente de éste? ¿Puede acaso engañar en el carácter de un hombre capaz de llegar á semejantes excesos por salirse con sus ideas ambiciosas? El modo cómo se gobernó respecto de Constantino Monomaco, contra el qual sublevó al populacho de Constantinopla, y de Alexis Comneno, á quien se atrevió á amenazar que lo precipitaria del trono, ¿no acaban de dar una idea completa de él? ¿Qué hubiera sucedido, pues, si usando de condescendencia los legados del papa, y disimulando por cortesía los ultrajes hechos á la santa Sede por los griegos, hubiesen ido con mas lentitud en dar el golpe? Quizá Miguel Cerulario habria usado de mayores artificios ó de mayor violencia, discurriendo nuevos pretextos, y formado nuevos argumentos; fortalecido su partido mezclando en sus intereses á la Corte y á los grandes; pero creer que habria desistido sencillamente de sus pretensiones aquel que despues se vió igualarse con el soberano, y usar de calzado de púrpura, distincion reservada á solo los emperadores, eso es no conocer los hombres. Cerulario queria ensalzar su silla al primer grado de la gerarquía, y poner á todo el Oriente baxo su dependencia: este era su fin, y en su genio cabia el atreverse á qualesquier cosa para conseguirlo. El modo como se manejó á los principios para empezar el negocio; lo que hizo despues para apoyar su empresa, su porte con los latinos establecidos en Constantinopla, con los legados y con el mismo emperador, todo prueba claramente que no habia cosa que lo contuviese, y que el cisma consumado en su corazon y en

el de los mas de los griegos, era inevitable, por ser el único medio que pudiese conducirle al término adonde queria llegar su ambicion.

Así quedó la iglesia de Constantinopla separada de todo punto de la de Roma, y estas dos comuniones que hasta entónces se habian tratado siempre con honor, aunque rivales y atentas á observarse, no han cesado desde mitad del siglo XI. de mirarse como enemigas. En la serie de los tiempos veremos las varias tentativas que han hecho los papas y soberanos para reunir las que algunas veces ha parecido desearse sinceramente, pero estas tentativas siempre serán infructuosas; y agravado el mal con los remedios empleados para curarlo, se hará tan grande, que ya no quedará esperanza de cerrar una llaga, de la qual se lamentará la Iglesia quizá todavía por muchos siglos.

ARTICULO VIII.

Primera cruzada.

Quando el papa Urbano II. presidia á un concilio numeroso, congregado por él en Plasencia el año 1095, recibió una embaxada de parte de Alexís Comneno, emperador de los griegos. Este príncipe suplicaba al papa que le facilitase socorros contra los turcos, cuyas empresas y victorias hacian temer la entera destruccion del christianismo en Oriente. Suplicaba á Urbano interesarse á los príncipes christianos en su favor, y les hiciese abrazar su causa, que era la de la religion. Prometiósse á los enviados de Alexís facilitar á su señor los medios de oponerse á los progresos de los infieles, y desde entónces hubo un crecido número de personas que se alistaron para pasar á Asia en defensa de los christianos establecidos en aquellas comarcas. Empezábase á tomar interes en sus trabajos, de los que no cesaban de hablar á sus compatriotas los peregrinos que volvian de tierra santa; pero lo que contribuyó mas á enardecer los ánimos por la pintura viva de las vexaciones, ultrajes y crueldades que los mahometanos hacian padecer á los discípulos de Jesu-christo, fué un gentil-hombre de Picardia, conocido con el nombre de Pedro el Ermitaño, personage extraordinario, que dió de repente al Occidente un impulso que los mas poderosos mo-

narcas y mas diestros políticos en vano hubieran intentado producir.

Este habia salido de las inmediaciones de Amiens en el año 1093, como tambien una infinidad de otros peregrinos, que llevados de devocion pasaban á Jerusalem de todas las comarcas del Occidente. Habiendo llegado al término de su peregrinacion, fué testigo de lo que habia oido contar á tantos tocante al estado deplorable á que estaban reducidos los christianos baxo el yugo tiránico de los musulmanes. Su corazon, naturalmente compasivo, y á quien la devocion disponia á enternecerse todavía mas, fué penetrado de dolor quando vió los santos lugares profanados ó destruidos por los infieles. Afligido con este triste espectáculo, dió cuenta de su sentimiento á Simeon, patriarca de Jerusalem, que participaba de las desdichas de su rebaño sin poderlas remediar. Pedro le aconsejó escribiese al papa y á todos los príncipes christianos de Occidente, implorando el socorro de sus armas contra los enemigos de la religion. El patriarca siguió este consejo con tanto mas gusto, quanto no tenia que esperar nada de los griegos, demasiado ocupados en defenderse ellos mismos contra los turcos que los atacaban por todas partes, y amenazaban á la capital del imperio. Pedro, armado con estas cartas, pasó á Roma, y al entregarlas al papa, hizo una pintura tan viva de la desolacion de los christianos y de lo afligida que estaba la religion en Oriente, que resolvió Urbano formar una liga santa de todos los príncipes de Occidente, para quitar á Jerusalem y la Palestina á los infieles. Antes de proponer esta grande empresa, era preciso disponer para ella los ánimos; y nadie era mas á propósito que Pedro el Ermitaño para conmoverlos fuertemente, y para comunicarles aquel calor y aquel entusiasmo que arrastran á la muchedumbre. Su presencia no era de las mas aventajadas, ni de las que podian contribuir á mover los ánimos; pero tenia una imaginacion viva, una eloqüencia fuerte, persuasiva, llena de fuego, un ánimo que nada hallaba difícil ni escabroso, una viveza que no le permitia estar ocioso. Finalmente, era uno de aquellos genios executivos é impetuosos, que nada ven con indiferencia, y que comunican sus afectos y deseos á todo un pueblo quando ha empezado á dar oídos. El papa conoció desde luego quán útil le podia ser en esta ocasion; y para aprovecharse de su ta-